



OCTUBRE - 2026 - N°207

Adoradores

**Revista de espiritualidad,
información y promoción Eucarística.**



Decencia al vestir:

Para ser una Hostia viva, nuestro atuendo debe ser modesto y sin ostentación, como Jesús en la Eucaristía. Pag. 14 y 15



Gestos de adoración:

Tal y como la adoración es descrita en la Sagrada Escritura, implica todo nuestro ser.” Pp.16 a 18



Los niños y la Eucaristía:

La historia de una niña italiana, que en su corta vida deja de ejemplo el amor a Jesús Eucaristía, y el anhelo del Cielo. Pp. 19 a 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



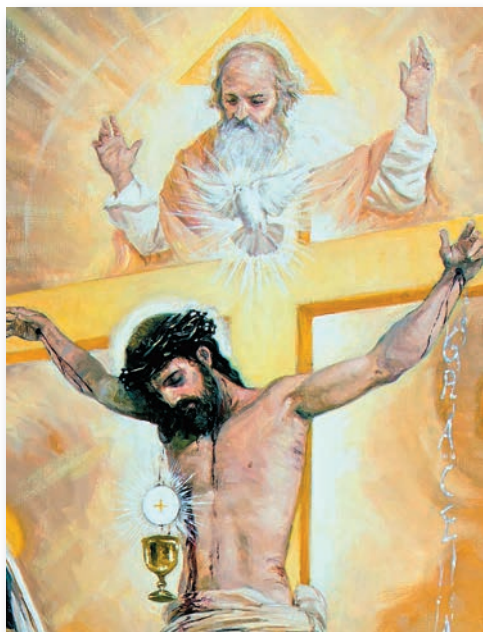
Participantes de su divinidad

Los inmensos beneficios concedidos por el Señor al pueblo cristiano elevan a éste a una dignidad inestimable.

En efecto, no hay ni ha habido nunca una nación que tenga a sus dioses tan cerca de sí como nuestro Dios lo está de nosotros (cf. Dt 4, 7). El Hijo único de Dios, en su propósito de hacernos participantes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza y se hizo hombre para divinizar a los hombres. Todo lo que tomó de nosotros lo puso al servicio de nuestra salvación. Porque para nuestra reconciliación, ofreció su cuerpo a Dios Padre sobre el altar de la cruz; derramó su sangre como rescate para rescatarnos de nuestra condición de esclavos y purificarnos de todos nuestros pecados por el baño de la regeneración.

Para que permaneciese entre nosotros el continuo recuerdo de tan gran beneficio, dejó a los creyentes su cuerpo como alimento y su sangre como bebida bajo las especies de pan y de vino. ¡Admirable y magnífico festín que nos trae la salvación y contiene la dulzura en plenitud! ¿Es posible encontrar algo más preciado que esta comida en la que se sirve no carne de terneros ni de machos cabríos, sino a Cristo verdadero Dios? ¡Sacramento maravilloso donde el pan y el vino se cambian sustancialmente en el cuerpo y la sangre de Cristo, de tal modo que Cristo, Dios y hombre perfecto, está contenido bajo las humildes especies del pan y del vino!

No existe verdaderamente nada más



útil para nuestra salvación que este sacramento en que se purifican los pecados, aumentan las virtudes y se encuentra la abundancia de todos los carismas espirituales. Se ofrece en la Iglesia en provecho de todos, vivos y muertos, porque fue instituido para la salvación de todos los hombres. Nadie es capaz de expresar como conviene el sabor de este sacramento cuya dulzura espiritual se gusta en la misma fuente. En él se celebra el memorial del amor inconmensurable que Cristo manifestó en su Pasión.

Santo Tomás de Aquino



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del

altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.



Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible, pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la

vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.
 Porque Tú me has amado infinitamente.
 Porque Tú me has amado desde la eternidad.
 Porque Tú has muerto para salvarme.
 Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.
 Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.
 Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.
 Porque Tú eres mi mayor amigo.
 Porque Tú me llenas de tus dones.
 Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.
 Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.
 ¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!
 Te amo y te digo con aquel tu siervo:
 ¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!
 ¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.
 Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).
 Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.
 Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús.
 Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.
 Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.
 Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.
 Por haberme dado por madre a tu misma Madre.
 Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.
 Por haberme dado al ángel de mi guarda.
 Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.
 Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



¿Cómo vives ahí?

**Jesús, encerrado en el sagrario por nosotros, está vivo
y anhela un corazón que le acompañe.**

Yo- Jesús, si es de modo tan inigualable en esfuerzos y en encantos que en el sagrario te aprisionas sublimemente enamorado de mi alma y vivamente ansioso de favorecerla, y si tan liberal y fácil me agracias con la más afable de las audiencias, no temo ser impertinente preguntándote: ¿de qué te ocupas en ese Recinto? ¿Cómo vives ahí?

Sacrificio continuo

Jesús- Sacrificio continuo aquí asumo por ti/ A Aquel de Quien siempre nací;/ Ardo hijito sin pausa del antiguo amor/ Que tan cierto te tengo cual cierto es mi Ser/ Ruegos, penas, suspiros y anhelos verter/ Por ti incansable es mi labor.

No a la Cruz se restringe mi esfuerzo por ti/ Y por el mundo que viene a Mí;/ Que aquí pido también que mi Padre te dé/ Su perdón y a mi Madre te entrego y te doy/ De mi sed afectiva noticia y ya hoy/ Del Cielo te dé la clave.

“Te doy la Vida, sacudo tu inercia, elevo tu mente [...]. Hago de tu alma un paraíso”.

¡Cuán inmenso mi amor de que aquí está el lugar/ Y el blanco en ti tras tierra y mar!/ Yo te espero y te invito y

te llamo y, ¡verdad!/, Con dulzura y con fuerza te atraigo hasta el fin/ Por razón de Yo amarte y buscarme el botín/ De que tu alcances santidad.

De tu alma un paraíso

Yo- Jesús, Amigo de mi alma, no sigas. Te he entendido. ¡Dispénsate de nuevos ensayos para arrancarme amor! ¡Sobran!

Jesús- No sobran. En este sitio hago más por ti. Te doy una permanente bienvenida; te acepto con placer cada visita; te sustento con mi Cuerpo y Sangre; te compadezco en tus días de congoja o susto; curo tus llagas; te vigorizo con mi Gracia. ¡Te hago entrega de Mí mismo con cuanto contengo, sin excluir mis méritos en suma total! Te doy la Vida, sacudo tu inercia, elevo tu mente de los objetos embaucadores de la esfera profana a otros más preferibles de la esfera sagrada. Hago de tu alma un paraíso.

¿Qué quieres de mí?

Yo- ¡Deja concluirse ya, Jesús, esa declaración demasiado conmovedora! Me ha tocado la mente y el corazón con tanta dulzura y fulgor que no me quedan palabras. Oh Tesoro mío, oh amante Prisionero, ¡qué manera la tuya de ser bueno y misericordioso! ¡Qué

“¡Qué manera la tuya de ser bueno y misericordioso!
¡Qué bien atrapas en los hilos solares de tu amabilidad soberana!”.

bien atrapas en los hilos solares de tu amabilidad soberana! ¡Qué maravilla de otro mundo es tu bienquerencia para conmigo! ¡Cómo no esperarí todo de Ti, si eres lo que más deseo?

Jesús- ¿De qué sientes la ausencia, amado mío? Dilo tú mismo.

Yo- No por dudar que lo sepas, sino por cumplirte y comprometerme, Te lo digo. Te pido abastecerme en todo lo que hace a mi bien corporal y espiritual, y principalísimamente en amarte con toda mi substancia a Ti solo, y sentir y seguir tu divina atracción desde el sagrario. Y Tú, Jesús, ¿qué deseas de tu siervo? Cuanto quieras de mí, tanto me dispongo a darte.

Corazones humildes

Jesús- Hijo, en esta Cárcel del Amor deseo que se avvicinen corazones humildes, desprendidos del mundo, fieles, y perseverantes en mi devoción. Deseo que Me desagraven lo irreverente (y digo más, lo irreligioso) que

multitudes humanas oponen a este Sacramento. Deseo la conversión de los pecadores, el sufragio de mis benditas ánimas purgantes, el triunfo de mi Iglesia. Deseo, hijo querido, que tu corazón se una al mío orando, callando, sufriendo y amando, a fin de que se aplaque la justicia de mi Padre agravada por los pecados de los hombres, y se salven sus almas que he redimido de manera tan doliente y amante.

Intercede Madre

Yo- ¡Oh María, Madre de mi amadísimo y amantísimo Prisionero y clementísima Madre mía! Concédeme Tú la gracia de la verdadera devoción a Jesús en aquel Sacramento, y consérvamela íntegra hasta que El, ya Viático, visite mi pecho por fin, y así asegures que, unido al tuyo, mi fuego por El en la Ciudad Gozosa por perpetuas eternidades llamee fijo. Amén. (Mons. Luis Vella. Diálogos Eucarísticos. Adaptación)



Doctrina olvidada

La liturgia de la Misa es en sí misma un excelentísimo modo de preparación para la Comunión, no necesita ningún agregado.

¡Qué pena da ver a tantas almas tratando años y años de su vida interior, espiritual, devota y piadosa, y empeñadas en buscarla en prácticas y doctrinas, por caminos y modos que nada o muy poco tienen que ver con esta práctica y doctrina que es única y verdadera, y con estos caminos y modos únicos, seguros, de transformación en Cristo y la unión en caridad perfecta con Dios por la Comunión, como aquí expongo!

Comunión victimal

¿Verdad que le tendría mucha cuenta a la piedad cristiana no olvidar jamás ese carácter asimilativo y victimal con Cristo, de la Comunión?

“Un conocimiento, siquiera rudimentario, de la liturgia de la santa Misa, evitaría todos aquellos afanes por buscar rellenos píos...”

¡Se han separado tanto, por la piedad rutinaria y superficial, la Misa que es el Sacrificio, y la Comunión, que es la participación de él y comida de la carne sacrificada del Cordeiro de Dios!

¿Comulgamos para ser y dejarnos hacer cada día más corderos sacrificados por el amor de Dios y de nuestros prójimos?

Abandono de la Comunión

La participación litúrgica de la santa Misa, incluye la mejor preparación y acción de gracias de la sagrada Comunión.

Apuro es, y grande, para no pocos cristianos acertar en qué pueden emplear la media hora de la Misa, para no aburrirse en ella.

Afán de rellenar

De ahí ese afán de rellenarla con devociones particulares, lecturas de oraciones, etc. Y cuenta que aquí no hablo más que de los buenos asistentes a Misa, y no de los distraídos, aburridos, charlatanes, provocadores asistentes a no pocas Misas, singularmente de días de precepto o de difuntos.

Un conocimiento, siquiera rudimentario, de la liturgia de la santa Misa, evitaría todos aquellos afanes por buscar rellenos píos a una media hora tan rebosante de misterios, enseñanzas y utilísimas atracciones y ocupaciones del espíritu cristiano.

Seguir el orden litúrgico

¡Cuánto mejor asistir a la Misa siguiendo la ordenación litúrgica y comulgar en ella!

Con la atinadísima y razonable distribución litúrgica de la Misa ante la mente y dejando de lado a otros libros y devociones, por buenos que sean, para sus



“¿Comulgamos para ser y dejarnos hacer cada día más corderos sacrificados por el amor de Dios y de nuestros prójimos?”.

tiempos y oportunidades, póngase el asistente al santo Sacrificio, a purificarse, iluminarse, entregarse, inmolarse, unirse y agradecer sucesivamente con la santa madre la Iglesia militante, que es la principal oferente, y el sacerdote celebrante. Comulgue cuando llegue su momento sólo con las disposiciones que el paso de esas consideraciones haya dejado en su alma y, ¡buena Comunión hará, a fe mía, y muy a gusto del Corazón de Jesús y de su Iglesia santa!

Comunión en la Misa parroquial

Y sube de punto el encarecimiento del fruto de esas disposiciones, si la Misa en la que se participa es la comunitaria que el párroco cada domingo y día festivo, celebra precisamente por su pueblo, y en la que éste toma parte activa, como quiere la Iglesia.

Una, santa y católica

¡Qué hermosa y viva representación

en la unidad, santidad y catolicidad de la Iglesia es esa unión y colaboración activa de los fieles con su pastor en el acto central y esencial del culto, el ofrecimiento del Sacrificio de la mayor gloria de Dios, y en la participación del mismo por la Comunión, que es la mayor gracia de Dios!

Asistan todos los feligreses que puedan: altos y bajos, ocupados y desocupados, a su Misa parroquial. Canten en ella. Adórnense y llénense de la purificación de las faltas propias; iluminación por la predicación de los enviados de Dios; entrega de todo lo propio; inmolación del corazón y de la vida con Jesús inmolado; unión por la Comunión y agradecimiento del Sacrificio y de su participación, que enseña y practica su liturgia, y la comunidad cristiana dará pasos de gigante, no sólo en la perfección individual, sino en la paz, caridad y la justicia.

(San Manuel González. Obras Completas. Escritos Eucarísticos. Tomo 1. Adaptación)



Tiempo de comulgar

¿Cuándo recibir la Eucaristía? La santa Iglesia dispone el momento ideal y permite otros bajo condiciones.

Como aquí no me dirijo exclusivamente ni principalmente a sacerdotes, dicho se está que no he de ocuparme en las ceremonias y ritos con que aquéllos deben administrar el augusto Sacramento. A los fieles en general me dirijo, y sólo pretendo recordarles e inculcarles lo que de la sagrada liturgia eucarística a ellos atañe y está más olvidado y singularmente sobre el tiempo y el modo de comulgar.

Comida sacrificial

Si se trae a la memoria lo que en capítulos anteriores he repetido, a saber, que la sagrada Comunión no es sólo ni principalmente un banquete de honor, de fiesta o de regalo, sino una comida sacrificial, o sea, una participación del augusto Sacrificio de la Misa, por la cual comemos la carne y bebemos la sangre de Jesucristo, que han sido ofrecidas en sacrificio real. Si recordamos, repito, esta verdadera noción de la Comunión sacramental, no vacilaremos en responder a esta pregunta: ¿Cuál es el tiempo de comulgar más conforme con la liturgia?

Después del sacerdote

Indudablemente, el tiempo más próximo y unido al del Sacrificio,

de que es participación. Es decir, a continuación de la Comunión del sacerdote celebrante. Ese es el tiempo propiamente litúrgico de la Comunión de los fieles, y sobre ese supuesto de que éstos se unan a aquél, no sólo para ofrecer el Sacrificio mío y vuestro, dice el sacerdote, sino también para participar de él, comiendo la Víctima santa, están hechas las oraciones del misal, lo mismo para la preparación que para la acción de gracias.

Permiso con condiciones

Cierto que la Iglesia, madre benigna, inspirada en los sentimientos y ansias de su divino Fundador, de ver llena su casa de comensales, permite que se pueda dar y recibir la sagrada Comunión fuera de la santa Misa. Pero no se olvide que es un permiso que asume la falta de tiempo, de Misas, de facilidades y el exceso de ocupaciones.

Preferencia de la Iglesia

El gusto, la preferencia, la intención primera de la madre Iglesia es que se comulgue dentro de la santa Misa. Así lo practicó perpetuamente la Iglesia y así lo enseñó e hizo saber en el Concilio de Trento y el Código de Derecho Canónico.



“...la sagrada Comunión no es sólo ni principalmente un banquete de honor, de fiesta o de regalo, sino una comida sacrificial...”.

¡Qué contrarias son, pues, al espíritu litúrgico, exclamaciones como éstas de personas piadosas: no me gusta mezclar ni atropellar devociones. La Misa a un lado y la Comunión a otro. Con hacer las dos cosas juntas, oír Misa y prepararse a comulgar, no se sabe a qué atender. A mí no me gusta comulgar a plazo fijo, sino cuando he rezado y leído toda la preparación de mi devocionario... Me resulta tan pesado esperar toda una Misa para comulgar... Y otras distintas, pero que convienen entre sí en desconocer prácticamente que no hay mejor preparación ni acción de gracias para la sagrada Comunión, que una Misa oída o meditada, no precisamente según este o aquel devocionario, sino según el propio misal!

“...la sagrada Comunión no es sólo ni principalmente un banquete de honor, de fiesta o de regalo, sino una comida sacrificial...”.

Abandono en el vestir

Advierto que, al hablar aquí de la liturgia del vestido para la Comunión, no tomo la palabra liturgia en un sentido riguroso, sino amplio. Aunque la liturgia propiamente no da prescripciones más que sobre los vestidos de los ministros de la Comunión, por ampliación y como por correspondencia, también impone a los comulgantes ciertas condiciones en su modo de vestir al acercarse a la mesa santa.

Vestimenta: sacerdote y fieles

Si al sacerdote no le es lícito, fuera del caso de necesidad, administrar la sagrada Comunión con su traje ordinario, sino que por respeto y veneración al Sacramento, ha de revestirse con ornamentos sagrados ¿no será muy conforme a la razón y justicia que al fiel que se dispone a gozar del honor y de la dicha de ser comensal de tan rica y augusta Mesa, se le exija en su traje alguna señal extraordinaria de veneración y respeto? (San Manuel González. Obras Completas. Escritos Eucarísticos. Tomo 1. Adaptación)





Decencia en el vestir

Para ser una Hostia viva, nuestro atuendo debe ser modesto y sin ostentación, como Jesús en la Eucaristía.

Siendo la Comunión para todos, para ricos y para pobres, y por intención y deseo de su divino Autor, manjar de todos los días, la santa madre Iglesia jamás ha mandado determinada forma ni clase de vestido para comulgar, no fuera a poner el más leve obstáculo a la frecuente Comunión por parte de los impedidos por pobreza o cualquier otro motivo de adquirir o usar el traje preceptuado. Mas a una sola condición ha reducido la santa Iglesia lo que pudiera llamarse liturgia del traje para comulgar, y esa condición se llama decencia. Y cuenta que decencia no es suntuosidad, ni galas, ni lujo...

Limpieza y modestia

No está la decencia del traje en su valor, que no está al alcance de todos por igual, sino en su limpieza y en su modestia. Y en esto, que está a la disposición de todos, es en lo que la madre Iglesia pide algo extraordinario al comulgante. ¡Qué bien entendieron nuestros mayores este sentir y desear de la Iglesia!

Pared de lujuria y vanidad

Antes, en tus Sagrarios más frecuentados, Jesús mío, cuando se alzaban los ojos, no se veía más que a Ti.

Hoy en muchos de ellos no se te puede ver ¡porque no se puede mirar!

“Mujeres cristianas, [...] que aún tienen ojos para ver [...]: ¡a desinfectar de inmodestias los Sagrarios acompañados!”.

¡No se pueden abrir los ojos! Entre tu Hostia y los ojos de los que te buscan, han levantado una pared la lujuria y la vanidad, con actitudes provocativas de gentes que, yo no sé por qué, todavía se llaman devotas y están en el templo...

Ni paz en el sagrario

Muchos jóvenes me han dicho que quieren ser cristianos de verdad, ¡ni aun en los Sagrarios se va pudiendo ya estar en paz con Jesús!

¡Abandono de Sagrario acompañados, y muy elegantemente acompañados! ¿Cómo no sentirte y desagraciar-te? ¿Cómo no sentir lo solo y avergonzado que se sentirá Jesús, asediado y oprimido por esas turbas inmodestas y provocadoras?

Inmodesta amargura

De mí les digo que me deja amargura en el alma para todo el día, la mañana en que me veo precisado a dejar sin



ADORADORES

comulgar a alguna de esas inmodestas devotas, sin duda más vanidosas o cobardes que malas, y que estoy viendo venir castigos terribles de Dios para esta pobre sociedad que parece que tiene por principal ocupación y obsesión robar y hasta raer el pudor de las mujeres honradas y cristianas y de los niños.

No profanen los templos

Escribiendo estas líneas leo en la prensa que el Obispo de una populosa ciudad italiana se ha visto precisado un domingo a mandar cerrar las puertas de su catedral a los asistentes de la

ganos]! Dios mío, ¿habrá llegado la hora de convertir el apóstrofe a los paganos del apologista, en oración a Ti?... Ante tanta mujer cristiana obstinada en preferir la insolencia de su desnudez al honor de su fe y a la hermosura de su pudor, ¿no va llegando la hora de pedirte a Ti y de imponerles a ellas ¡que nos dejen solos nuestros templos y no los profanen!?

Llamado a las cristianas

Mujeres cristianas, todavía muy numerosas, que aún tienen ojos para ver, y oídos para oír, y cara para enrojecerse de vergüenza, y corazón para



“No está la decencia del traje en su valor, que no está al alcance de todos por igual, sino en su limpieza y en su modestia”.

Misa de doce... ¡No le quedaba ya otro remedio de evitar esas sacrílegas exhibiciones de desnudeces a que se van reduciendo muchas de esas Misas de días festivos!...

En el siglo III de la Iglesia, el gran apologista cristiano Tertuliano, echaba en cara a los gentiles este apóstrofe: ¡hemos dejado solos sus templos [pa-

compadecer y desagraviar: ¡a desinfectar de inmodestias los Sagrarios acompañados! En honor y desagravio de la Hostia santa, pura e inmaculada y de su propio sexo, no vayan a la iglesia sino decentemente vestidas. (San Manuel González. Obras Completas. Escritos Eucarísticos. Tomo 1. Adaptación)



Gestos de adoración

Tal y como la adoración es descrita en la Sagrada Escritura, implica todo nuestro ser.

Al implicar todo nuestro ser, en consecuencia, es lógico que la expresemos a través de gestos exteriores, en los que se traduce la soberanía divina, así como nuestra respuesta conmovida. Por otra parte, y dado que existe en nosotros una cierta tendencia a resistirnos a la voluntad de Dios y a reducir nuestra oración a meros ritos exteriores, es importante subrayar que la adoración sincera que agrada a Dios es la que brota del corazón.

Postración y ósculos

Los dos gestos fundamentales en los que se expresa la adoración son la “postración” y el “ósculo”; en los que convergen el temor reverente y la atracción fascinante, de la criatura respecto a Dios:

La postración, fuera de su sentido religioso, expresa una actitud impuesta a la fuerza por un adversario más poderoso. Así, por ejemplo, Babilonia lo impone a los israelitas cautivos (Is 51,23). En este sentido, es frecuente encontrar en los bajorrelieves asirios a los vasallos del rey arrodillados, con la cabeza prosternada hasta el suelo. Pero en la Sagrada Escritura pronto se nos invita a realizar el signo de postración, como el signo de sometimiento libre, consciente y gozoso a la majestad de Dios. De esta forma, imitamos a Moisés, postra-



do en el Sinaí en el momento en que recibe las Tablas de la Ley (cf. Ex 34, 8); aprendemos del profeta Daniel, quien tres veces al día, con las manos extendidas, se arrodillaba ante Yahvé (cf. Dn 6, 11); acogemos humildemente la invitación del salmo 95 –“Entrad, adoremos, postrémonos, ¡de rodillas ante Yavhé que nos ha hecho!”–; evocamos a aquel leproso que, de rodillas ante Jesús, suplicó ser limpiado (cfr. Mc 1, 40); seguimos los pasos de aquel pescador de Galilea, el primero de los papas de la Iglesia, quien se postró de rodillas y oró fervientemente, para pedir a Dios la resurrección de Tabita, en Jope (cf. Hch 9, 40).

El ósculo añade al respeto y a la sumisión, el signo de la adhesión íntima y amorosa... Los paganos besaban sus ídolos, pero ese gesto, en el fiel israeli-



ADORADORES



“... al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto”.

ta, está reservado para Yahvé: “Pero me reservaré 7.000 en Israel: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron” (1 R 19, 18).

Sólo Yahvé tiene derecho a la adoración. Si bien el Antiguo Testamento conoce la postración delante de los hombres (Gen 23, 7.12; 2 Sa 24,20; 2 Re 2,15; 4,37), prohíbe rigurosamente todo gesto de adoración susceptible de ser interpretado como una rivalidad hacia Yahvé: bien sea a ídolos, astros (Dt 4, 19) o dioses extranjeros (Ex 34,14; Num 25,2). No cabe duda

de que la erradicación de todo signo idolátrico fue educando al pueblo de Israel hacia una adoración auténtica. Así se entiende la valentía de Mardoqueo: “Todos los servidores del rey, adscritos a la Puerta Real, doblaban la rodilla y se postraban ante Amán, porque así lo había ordenado el rey; pero Mardoqueo ni doblaba la rodilla ni se postraba. Vio Amán que Mardoqueo no doblaba la rodilla ni se postraba ante él, y se llenó de ira” (Est 3, 2.5). Observamos la misma coherencia en otros pasajes, tales como el de los tres niños judíos ante la estatua de



ADORADORES



“Entrad, adoremos, postrémonos, ¡de rodillas ante Yavhe!”.

Nabucodonosor: “Sidrak, Mesak y Abdénago tomaron la palabra y dijeron al rey Nabucodonosor: ‘No necesitamos darte una respuesta sobre este particular. Nuestro Dios, a quien servimos, es capaz de librarnos del horno de fuego ardiente y de tu mano, oh rey. Y si no lo hace, has de saber, oh rey, que nosotros no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has erigido’”. (Dan 3,16-18).

En este contexto bíblico, entendemos la respuesta que Jesús da al tentador cuando le pide que se arrodille ante él: “...al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto” (Mt 4,10).

Con respecto a los gestos exteriores de la adoración (postración y ósculo), me permito llamar la atención sobre el proceso de secularización que con frecuencia se constata en no pocas celebraciones litúrgicas.

+ Algunos sacerdotes y seglares suprimen o cambian los términos con los que la liturgia se refiere a la tras-

cendencia de Dios. Así, por ejemplo, en vez de rezar: “Dios todopoderoso”, corrigen diciendo “Dios cercano”, etc.

+ En muchas iglesias se ha suprimido mayoritariamente el gesto de arrodillarse en el momento de la Consagración. Lo mismo podemos decir con respecto a la genuflexión ante el sagrario.

+ El beso con el que tradicionalmente se adora al Niño Dios en Navidad, o la cruz de Cristo el Viernes Santo, también son frecuentemente suprimidos o sustituidos por meras inclinaciones, aduciendo motivos de higiene o brevedad.

Todo ello, además de comportar una falta de obediencia a nuestra Madre la Iglesia, supone también el haber asumido, sin el debido juicio crítico, los postulados de la secularización. (*Adoración, Eucaristía Iglesia y Sacramentos, Sagrada Escritura y Liturgia/ Conferencia impartida por Mons. Munilla en el V Encuentro de la Adoración Eucarística Perpetua*)

Chicos

adoradores



¡Bienaventurados los niños que aman a Jesús!

¡Hola! Nuevamente estamos con ustedes para compartir, en esta edición, la historia de Emma, una niña que en sus cortos cinco años de vida, nos enseña el profundo amor y reverencia para con Cristo Eucaristía. Lee y luego dí lo que más te sorprendió.

Emma Mariani, nació en Lucca, Italia, el 6 de noviembre de 1911, y murió allí el 26 de julio de 1916.

Desde el Sagrario, Jesús la atraía hacia sí. Tenía poco más de dos años cuando comenzó a acompañar a su tía Cesarina a la iglesia. Las pequeñas iglesias y capillas de conventos a menudo pasan desapercibidas, pero Emma las distinguía con un instinto sobrenatural y, al pasar, exclamaba de inmediato: -“¡Huelo el perfume que viene de Jesús!”. “Jesús debe estar cerca... ¿Dónde estará? ¡No veo ninguna iglesia!”, decía.

-“Allá hay una iglesia de las Hermanas del convento”, dijo un día un transeúnte que había escuchado la conversación, “pero está cerrada”.

En la capilla, el Santísi-





mo Sacramento estaba expuesto para la adoración, Emma se acercó, se arrodilló, adoró a Jesús, extendió sus manitas llenas de besos y luego rezó en voz baja.

La tía le dijo en voz baja que era hora de levantarse e irse a casa; pero la pequeña no la oyó, estaba como en éxtasis. Volvió a alzar sus manitas llenas de besos hacia el Santísimo Sacramento, hizo una profunda reverencia, besó el suelo y le dijo a su tía: “¿Por qué no te arrodillas y besas el suelo?”.

-“Ya lo he hice... ¿y entonces para qué besar el suelo?”.

-“¿Pero tía, no sabés que Jesús está presente? ¿No lo ves? ¿No lo oyes?... ¡Vamos, arrodíllate!, le dijo...”

Pero su tía la interrumpió de inmediato: “¡Vámonos, que es tarde!”

Emma suspiró y dijo: “¡Pobre Jesús!...”

Cuando le preguntaron quién le había enseñado todas esas cosas, respondió: “Nadie, lo siento todo aquí dentro”; y se llevó su manito al corazón.

Todo lo ve Dios

Un día le preguntaron: “¿Dios lo ve todo?”

—“Claro que sí, todo, dijo ... su mirada penetra todos los rincones, incluso aquí dentro”. —Y se llevó la mano a la frente—.

-“¿Qué tienes ahí dentro?”, le preguntaron.

—“¿Qué podría ser?”... “Ahí tengo todos mis pequeños pensamientos”.



—¿Tantos?

—“Solo tengo un pensamiento: estoy pensando en Jesús”, dijo la niña y continuó: “¡Tengo tantas cosas en mi corazón, cosas que son solo mías, de las que solo hablo con Jesús!”

La pequeña penitente

Emma anhelaba profundamente recibir la Sagrada Comunión. Ese día tan esperado llegó, un 18 de noviembre de 1914. Emma tenía tres años. Su carita resplandecía de felicidad, pero al mismo tiempo era devota y serena como un ángel.

De naturaleza vivaz, también jugaba y bromeaba con entusiasmo como todas las niñas; pero cuando estaba delante del Sagrario, olvidaba todo lo que antes la había divertido. Jesús vivía en ella, y ella vivía con Jesús.

Una vez sintió el deseo de confesarse. Se armó de valor y entró en la sacristía de la iglesia, donde se encontraba el sacerdote, y le preguntó si podía confesarla.

-“Querida hija”, le preguntó, “¿te gustaría recibir tu Primera Comunión?”.

-“¡Oh, padre! Ya he recibido mi Pri-





mera Comunión, pero no me permitieron confesarme”.

- “¿Comulgas a menudo?”.
- “Todos los días, si puedo”.
- “¿Comulgas de buena gana?”.
- “¡Sí, de buena gana, padre!”...

Desde ese día, Emma se confesó a menudo y se esforzaba por cumplir lo que se le sugería.

El Niño Jesús y Emma

Todas las tardes visitaba la iglesia de San Simón, donde una hermosa estatua del Niño Jesús estaba expuesta para la veneración de los fieles. Le lanzaba besos con generosidad y decía con confianza infantil: “Sabes, querido Niño, que te quiero muchísimo... ¡Te doy mi corazoncito, pero tú también debes darme el tuyo!”.

Y le pareció oír la voz de Jesús: “Pronto te llevaré al paraíso con los santos ángeles”.

Su partida al Cielo

Un día Emma se enfermó y sufrió mucho. Cuando le peinaban el cabello, sentía un dolor tan fuerte que no podía contener un gemido de lamento (era por un tumor que le salió en su cerebro). Su tía, mientras le peinaba el cabello, le habló del dolor de Jesús, especialmente del tormento causado por la coronación de espinas. Entonces la niña dejó de quejarse y aguantaba los dolores,

Poco a poco su salud se deterioraba cada vez más. El 10 de julio de 1916, fue a la iglesia a recibir la Eucaristía, pero al día siguiente tuvieron que cargarla



Esperaba con calma y paciencia al ángel que la llevaría al Cielo.

la, porque estaba tan débil, que no podía caminar. Días después, ya no pudo levantarse de la cama y lloraba, no por el dolor que la consumía, sino porque no podía recibir a Jesús. Le prometieron que le llevarían la Comunión a casa; y esto bastó para calmarla.

- “¡Está bien!”, dijo, “Porque hoy haré un pequeño sacrificio a Jesús”.

El 25 de julio se cumplió el deseo de la devota niña. Los últimos tres días parecía no ver ni oír nada de lo externo, sino que esperaba con calma y paciencia al ángel que la llevaría al cielo.

Fue así que el 26 de julio de 1916, el ángel bajó a recoger “la pequeña flor del Sagrario”.

Su vida fue corta, pero muy rica en significado, llena de Jesús. Un único anhelo ardiente, que la impulsaba a vivir su corta vida: unirse a Jesús en el cielo. (Fuente: www.vocechegrida.it/) <https://www.santiebeati.it/>